

gularidades arquitectónicas también, aunque la referida fecha de El Azután no termine de confirmar el sospechado parentesco con los dólmenes de la Meseta Norte, al no acoplarse por ahora con sus dataciones absolutas, bastante más modernas: en torno al 3200-3150 a. C., en El Miradero (Valladolid), y al 3350 a. C., en Ciella (Burgos). Las otras dos fechas radiocarbónicas del referido sepulcro toledano (3110 y 2640) se nos antojan, empero, más fidedignas, máxime teniendo en cuenta el dilatado período de uso del sepulcro del Azután (lo sugeriría el importante osario) y la modernidad de ciertas puntas de flecha del ajuar de La Estrella. En fin, el cronológico es, evidentemente, un capítulo todavía abierto de esta investigación sobre los megalitos de la Submeseta Sur.

Otro aspecto analizado con gran intensidad es el referente a las particularidades arquitectónicas, llamándose la atención sobre que, aunque en esencia la funcionalidad de las tumbas es la misma, no faltan rasgos peculiares en cada zona, que en parte hay que imputar a gustos propios y en parte a condicionamientos de medios diferentes. En el caso concreto de las estructuras del Azután y La Estrella, aun guardando semejanzas con las de algún sepulcro salmantino y burgalés, ciertamente poseen una idiosincrasia y si acaso, arquitectónicamente, se asemejarían más a las extremeñas y a las del grupo megalítico de la Beira portuguesa, hacia las que posiblemente la investigación debería orientar en el futuro la búsqueda de paralelos, sin obviar, eso sí, en buena lógica, el grupo dolménico de la Submeseta Norte.

La existencia de los grupos humanos megalíticos, de sus costumbres funerarias, reflejadas a través del estudio de estos megalitos de la Submeseta Sur, nos recuerda, una vez más, la ineludible necesidad de proseguir con los trabajos de investigación sobre el megalitismo de las dos mesetas y de aportar, en consecuencia, nuevos datos que ayuden a aclarar aspectos aún ignotos de este fenómeno, por ejemplo concernientes a su cronología, arquitectura y elementos de ajuar. Libros como el de Bueno, con tanta documentación novedosa, representan en este sentido referencia imprescindible e importante acicate para quienes trabajamos en este campo.—PILAR ZAPATERO MAGDALENO.

Fernando ROMERO CARNICERO: *Los castros de la Edad del Hierro en el norte de la provincia de Soria*, Studia Archaeologica, 80, Universidad, Secretariado de Publicaciones, Valladolid, 1991, 557 págs., 119 figs., XXXI láms., I.S.B.N.: 84-7762-198-5.

Como el propio autor afirma en las primeras líneas de presentación, este libro, que recoge básicamente su Tesis Doctoral, quizá debiera «haber visto la luz hace tiempo», y no porque el transcurso de casi un decenio entre su elaboración y publicación haya dejado obsoletos sus planteamientos o conclusiones —aunque como ocurre en cualquier estudio, acuse en cierta medida tal retraso— sino por lo que supone de notable aportación para un ámbito con tantas lagunas como es aún hoy la Edad del Hierro en la Meseta Norte. Es bien cierto que varios de los temas más novedosos del trabajo han sido objeto de anteriores publicaciones, bien como resumen general de la que ahora presentamos (Romero, 1984a) o abordando aspectos parciales relativos a la arquitectura doméstica y a las secuencias de algunos castros (Romero, 1984b; *Idem*, 1989: 53-58), pero ello no aminora en términos generales el interés de este volumen; lo cierto es que, junto a la determinante contribución que se realiza desde los nuevos datos obtenidos fundamentalmente en excavación, que son los que en mayor medida se han dado a conocer y constituyen ya obligado punto de referencia para los investigadores de la etapa, merece igualmente destacarse el resultado de la concienzuda y rigurosa

labor de sistematización, análisis y, sobre todo, reinterpretación de un conjunto de informaciones dispersas y nada actualizadas que son en gran parte el eje del trabajo.

Resultaba, por otro lado, imprescindible la publicación del conjunto de la documentación básica que fundamenta todas las cuestiones, visiones —y revisiones— que sobre la *Cultura Castreña Soriana*, paulatinamente y de forma más o menos amplia, han ido viendo la luz a lo largo de los últimos años.

Nos encontramos ante una obra que aborda en el más puro estilo clásico la definición de las características y el proceso evolutivo de un grupo cultural de la Edad de Hierro —considerado todavía como una facies local de los CC.UU., aunque el autor más recientemente ha revisado esta filiación (Delibes y Romero, 1989: 35-36)— que se nos muestra con rasgos de fuerte personalidad arqueológica y geográfica, bien encuadrado en los límites cronológicos de los siglos VI y V a. C. No obstante, aunque la mayor parte del estudio esté dedicada a la caracterización del grupo dentro del marco general del Primer Hierro, los aspectos referentes a los momentos evolucionados-finales del mundo castreño, la transición al Hierro II (que se sitúa entre el 400-350 a. C.) y la eclosión de la fase celtibérica (a partir del 300) ocupan un espacio considerable en sus páginas.

Parece lógico desde este planteamiento, que los dos pilares que cimenten el estudio sean el de la presentación de los yacimientos de la etapa y el de la descripción —en un amplio sentido— de los conjuntos materiales.

En cuanto al primero de los aspectos mencionados, no cabe duda del interés que presentan los inventarios y la revisión pormenorizada de cada enclave para actualizar los datos «físicos» de la etapa, y quizá imprescindibles a la hora de acometer planteamientos más generales y de fondo. Sin embargo, y aún siendo conscientes de las dificultades circunstanciales para su realización y de los inconvenientes naturales a los que el propio autor alude (pp. 57-60), se echa de menos la presentación de planimetrías o topografías nuevas que completen y perfeccionen la visión proporcionada por las esquemáticas plantas de Taracena a la par que, a buen seguro, hubieran ofrecido datos novedosos sobre la morfología de los poblados, haciendo menos necesaria además la exhaustiva descripción de los mismos. Hubiese resultado interesante, por otro lado, la realización de alguna aproximación más decidida a la distribución o al estudio de las relaciones espaciales y temporales de los asentamientos entre sí, desde una óptica de análisis de poblamiento más que desde la habitualmente empleada de la comparación de emplazamientos (¿Será ésta una de las «veleidades de la nueva arqueología» a las que R. Martín Valls alude en el prólogo del libro?). Con todo, es bien notable el avance que se obtiene en cuanto al conocimiento de la implantación de este grupo en el territorio con respecto a los trabajos previos sobre el mismo.

El relación a la cultura material —básicamente cerámica— resulta evidente que la aportación es aún más sustancial, tanto por la presentación documental de nuevos materiales de prospección y antiguos fondos de museo, como, de manera fundamental, por los lotes procedentes de excavación, a partir de todo lo cual se configura un amplio conjunto de formas —veinticinco para los momentos del Primer Hierro y otras cuatro diferenciadas en los poblados de transición— a las que se aplica un intensivo estudio comparativo-tipológico del que resulta un encuadre cultural y cronológico ajustado, constituyendo este uno de los capítulos del trabajo con resultados más rotundos.

Menos exhaustivo resulta el estudio de los materiales castreños correspondientes a la etapa celtibérica, incluso de aquellos que se documentan en ese breve grupo de poblados de transición, en los que quizá las producciones torneadas merecerían una atención especial; sugiere así cierta reflexión, por ejemplo, la aparición en los poblados de Fuensaúco y Torre Beteta, de un repertorio muy limitado de formas entre las que predominan los perfiles ovoideos o bitruncocónicos, con anchas bandas en pintura vinosa, en contraposición al conjunto de Ventosa de la Sierra, también un yacimiento de este tipo, donde las piezas presentan for-

mas más evolucionadas —jarras, embudos— y se decoran con pintura en negro y motivos más complejos, para lo cual habríamos de convenir una cronología posterior. En relación con el tratamiento que se realiza del momento celtibérico en los castros sorianos —semejante al que se dispensa para otras áreas—, parece desprenderse una visión rupturista, en principio reflejada por algunas estratigrafías (El Royo, Fuensaúco) con niveles de incendio entre ambos momentos de ocupación, o incluso desde el punto de vista antropológico, como lo manifiestan no infrecuentes expresiones del tipo «llegada de los celtiberos» (p. 370), «la llegada de los vacceos» (p. 479); este aspecto contrasta en cierta medida con la búsqueda y definición de ese momento transicional, *Protoarévaco*, que parece suponer tanto el epílogo del mundo castreño como la etapa de gestación de lo celtibérico. Este aspecto, en definitiva el de la fórmula del cambio hacia lo propiamente arévaco y la evolución final de los poblados del Primer Hierro, es abordado por el autor en otros trabajos en los que muestra ya presupuestos decididamente diferentes; en ellos se defienden planteamientos de signo continuista, a la vez que se desdibuja casi en su totalidad esta fase de transición, quizá excesivamente fundamentada en un elemento cerámico (Delibes y Romero, 1989: 45-48). Sin embargo, con respecto a los rasgos que en el trabajo se utilizan para la caracterización de este supuesto horizonte, nos atreveríamos a plantear la posible vigencia de algunos de sus argumentos, por cuanto la situación y morfología diferenciada de tales emplazamientos, más abiertos al llano y a los recursos agrícolas, no fortificados, presumiblemente de superior tamaño y con algunos materiales cerámicos particulares, aún por valorar, podría hacer suponer, si no ya una fundación *ex novo* en los inicios del Segundo Hierro —como ponen de manifiesto las recientes campañas en Fuensaúco (Romero y Misiego, en prensa; Romero, 1989)— si una evolución determinada desde el mundo castreño hacia la celtiberización.

En cualquier caso, y a pesar de todos estos aspectos que el tiempo y los nuevos datos obligan a revisar y a dejar abiertos, ahí queda un relevante trabajo con el mérito fundamental de haber conseguido definir en sus facetas esenciales a esta cultura local de la Edad del Hierro, cuyo análisis se hace partícipe de la rica problemática que para la etapa se planteaba y continúa debatiéndose en toda la Meseta.—ZOA ESCUDERO NAVARRO.

BIBLIOGRAFIA

- G. DELIBES DE CASTRO y F. ROMERO CARNICERO (en prensa): «El último milenio a. de C. en la Cuenca del Duero. Reflexiones sobre la secuencia cultural». *Reunión sobre Paleontología de la Península Ibérica. Etnogénesis*, Madrid, 1989.
- F. ROMERO CARNICERO (1984a): *La Edad del Hierro en la serranía soriana: los castros*. Studia Archaeologica, 75. Valladolid.
- F. ROMERO CARNICERO (1984b): «Novedades arquitectónicas de la cultura castreña soriana: la casa circular del castro del Zarranzano». *Primer Symposium de Arqueología Soriana*, (Soria, 1982): 187-210. Soria.
- F. ROMERO CARNICERO (1989): «Algunas novedades sobre los castros sorianos», en *Diez años de Arqueología Soriana (1978-1988)*: 49-58, Junta de Castilla y León, Soria.
- F. ROMERO CARNICERO y J. C. MISIEGO TEJEDA (en prensa): «Los orígenes del hábitat de la Edad del Hierro en la provincia de Soria: Las cabañas de El Castillejo de Fuensaúco». *Segundo Symposium de Arqueología Soriana*, (Soria, 1989).